

Mi hija es maestra de maestros

María Guadalupe Guerrero Domínguez*

Siendo la hija mayor de cinco hermanos, mi padre, un administrador de empresas jubilado, siempre estuvo a mi lado para orientarme en la escuela, siempre me motivó a dar lo mejor y, por tanto, también esperaba recibir las máximas calificaciones de mi desempeño.

Por otro lado, una hermana de mi padre elige ser profesora, en cuerpo y alma, porque se casó con el magisterio; el preescolar lo cursé en la institución educativa donde mi tía, la maestra Esther, ejercía, Escuela Atala Apodaca, que contaba con kínder y primaria. Desde que tengo memoria, mi nombre siempre fue seguido de una instrucción: “Ayuda a tus hermanos con la tarea”, “Ponles el ejemplo”.

Mi infancia transcurrió entre juegos y ensayos para la vida adulta. Mi casa era un aula divertida, donde aprendí a leer entre líneas y el llanto de la hermana bebé menor de cinco. Algunas veces aparecía la frustración como niña de primaria frente a una operación y la crianza de mis padres con el puño de hijos que debían atender. Algunos de ustedes pensarán que, al crecer, el ruido y las preguntas constantes me harían huir; pero descubrí que mi lugar en el mundo estaba ahí precisamente, en el momento exacto en que la confusión se transforma en claridad.

Decidí ser docente porque entendí que enseñar no es mandar, sino tender puentes. Mis hermanos fueron mis primeros alumnos y, si a eso le agregamos que cuando iba a entrar al nivel de secundaria, mi padre y mentor adquirió el Libro Guía para el Examen de Admisión al Nivel, me apoyó bastante la capacitación que incluso otros primos iban a ingresar a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco, cuando no se requería el bachillerato. Y un reto para ellos que más recuerdo eran los problemas matemáticos que implicaban operaciones con regla de tres y el tanto por ciento; considero que gracias a mi explicación pudieron entender los procesos. Con ellos aprendí que cada cabeza es un universo y que la paciencia es el lenguaje del amor. No elegí esta carrera por falta de opciones, sino porque conocía el poder transformador de una explicación dicha con calma.

Dicho sea de paso, ingresé a la secundaria que había elegido como primera opción, la 6 Mixta, turno matutino; disfruté bastante con maestros que me marcaron muchísimo con sus metodologías de enseñanza, como el maestro Hipólito, que nos impartía la clase de Biología y nos invitaba a seguir leyendo y descubriendo el misterio de la ciencia; y así puedo seguir nombrando a cada uno, también profesores cuyos métodos eran impositivos y que muchas veces no entendía el porqué de las actividades, pero que debía cumplir con eso para no perder mi promedio, que siempre fue dentro de los tres primeros lugares.

Llegó el momento de cursar el Bachillerato y la pedagogía pasó a ser una práctica esencial; opté por elegir las áreas pedagógicas. Tres días de la semana íbamos a la preparatoria y dos a las áreas; definitivamente, ese adiestramiento formó la etapa pre-científica. La divido en el cúmulo de enseñanza tradicional, estructuración de lecturas centradas en Juan Amos Comenio, considerado el padre de la pedagogía moderna, del que recuerdo que buscó separar la enseñanza de la religión.

Otro de los aspectos relevantes que daban vuelta en mi mente era la profesionalización; cada vez leíamos más sobre las ramas de la pedagogía, sus recursos y la parte científica, donde entendía poco a poco la realidad dinámica del ser. La maestra que nos impartía la materia de Didáctica nos enfrentaba a comunicar la clase de forma magistral; era un nerviosismo a dar lo mejor de nosotros, porque nos revisaba con rigor, desde el diseño de la planificación (carta descriptiva), la presentación personal, el tipo de expresión oral, los materiales didácticos, la evaluación, entre tantos aspectos más que se me escapan en este momento.

Percibí que la pedagogía dependía de otras disciplinas que la fortalecían en el sustento científico y me atraparon los hallazgos de la psicología para entender cómo el estudiante aprende y se desarrolla. Es así que, al ingresar al nivel de pregrado, me inclino por la psicopedagogía; ¿por qué lo menciono así? La Universidad de Guadalajara me apoyó con la Licenciatura de Psicología; mientras me preparaba como psicóloga, diagnosticaba conductas o problemas emocionales y, durante los veranos, la Escuela Normal Superior de Jalisco, con la Licenciatura en Pedagogía, que me terminó de formar en el diseño curricular, las estrategias de enseñanza para superar esas barreras.

Al cursar el 2.º año de la carrera de Psicología y Pedagogía, justo a mis 20 años de edad, empecé a impartir clases en el nivel de secundaria, supliendo a los docentes que por distintas circunstancias no asistían y era entonces que ingresaba al grupo. Los primeros días improvisé; los siguientes ya me di la oportunidad de combinar la teoría académica con la práctica docente, un gran reto, porque descubrí a través de la psicología educativa que el desarrollo cognitivo durante la adolescencia se atraviesa por grandes cambios en la estructura y función del sistema nervioso central (encéfalo). Aunado a esto, el contexto social: Sector Libertad del municipio de Guadalajara.

Se distinguía claramente que las conductas inadecuadas estaban a la orden del día, hijos de padres ausentes por las diversas causas del tejido social, pandillerismo, violencia intrafamiliar, abusos de todo tipo, por mencionar algunas situaciones; de esta forma, las funciones cognitivas más complejas como la toma de decisiones y la planificación de tareas se diferenciaban en las tres etapas de la adolescencia temprana (de los 10-13 años), media (de los 14-16 años) y tardía (de los 17 y más).

Por otro lado, el desarrollo socioemocional de los adolescentes, confieso que la mayor parte de la clase traté de apoyarlos con estrategias sencillas y esenciales para la salud mental. Recuerdo una experiencia que me significó bastante; vamos a nombrar al alumno Junior para proteger su identidad. Un adolescente no aceptado por sus compañeros a primera vista, recordemos que estaba como maestra suplente, con mis conocimientos apenas básicos de psicología, apliqué un sociograma (una herramienta que mapea visualmente las relaciones de un grupo); suele traducirse en dos perfiles distintos con experiencias emocionales profundas: el rechazado (con muchos votos negativos) y el aislado (sin votos, simplemente olvidado).

El sociograma reveló “la radiografía socioafectiva del grupo” y me permitió distinguir a un adolescente rechazado, con numerosas flechas rojas y pocas o ninguna azul (elecciones). Al descubrir la realidad, inicié mi función como tutora individual; en alguno de los recesos que coincidía con él, platicaba vivencias de su sentir de hostilidad. Su autoestima era aceptable, un chico con las necesidades vitales cubiertas,

incluso con ropa de marca, de mejor nivel económico que sus compañeros; a menudo desarrollaba conductas disruptivas como mecanismo de defensa al rechazo.

Transcurría el año de 1990 y cada vez descubría en mí habilidades de empatía que me permitían conectarme profundamente con las necesidades de los alumnos. Considero que, a partir de este momento, me convertí en profesora, y en 1992, titulada, en otras palabras, una profesional que combinaba el entendimiento del comportamiento humano con la práctica pedagógica. He creado un perfil único enfocado primero en la persona del alumno, hasta lograr el desarrollo integral del mismo.

Al integrar ambos mundos, la labor docente y la de psicóloga, en ese nivel donde trabajé con adolescentes por cinco años, entendí algo esencial: aunque ambas profesiones buscan el bienestar del estudiante, como docente, mi objetivo principal de lograr el aprendizaje de los contenidos curriculares y el desarrollo de las competencias, algunas veces, era rebasado por el analizar el comportamiento para superar obstáculos emocionales. La relación con mis alumnos se volvió una figura de referencia diaria y académica para detectar situaciones de alerta; era más asesora y hábil escucha de sus dificultades familiares.

Con todas esas experiencias, se presenta la oportunidad de apoyar como maestra adjunta en la Escuela Normal Superior de Jalisco (ENSJ) y comienzo a estudiar la maestría en el Instituto Superior de Investigación para el Magisterio (ISIDM). Recuerdo el curso con el que inicié a dar clases; fue el de Pedagogía Comparada. Fue algo inolvidable; la experiencia la puedo asemejar a un intercambio constante entre la teoría avanzada y la práctica docente con otro nivel de estudiantes, que algunos de ellos eran mayores a mi edad y además ya tenían alguna otra formación profesional.

El rol que desempeñé lo sentí con bastante responsabilidad, porque no sólo enseñaba la materia, sino que modelaba el comportamiento de futuros maestros. El desafío del modelaje se acrecentó cuando en 1996 ingresé como catedrática a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco; percibía que los estudiantes no sólo escuchaban lo que les decía, sino que me observaban cómo lo decía.

Es decir, ser el ejemplo; como estudiante de maestría, mis estudiantes esperaban que les llevara las metodologías más innovadoras o las teorías más recientes.

Confieso que lo que aprendía en el posgrado los sábados, intentaba aplicarlo el lunes; desde mi visión, todo esto me ayudó a que mis sesiones de clases se mantuvieran vigentes. Recuerdo algunos debates con discusiones frescas sobre diversas teorías pedagógicas y psicológicas para convertirse en sabedores del desarrollo integral de los niños. Siento que, al mejorar la formación de los estudiantes normalistas, estoy impactando indirectamente en las tantas generaciones que atenderá en el futuro.

Gracias por la reflexión porque decidí ser docente; recurrí a mi memoria histórica. Ahora sí que recordar es vivir, y cerrando con la familia, mis padres siempre orgullosos refieren a sus conocidos: “Mi hija es maestra de maestros”.

*Licenciatura en Educación. Docente de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. guadalupe.guerrero@bycenj.edu.mx

